

## Capítulo 4

---

Andrea Di Bella <sup>1</sup>

### A los saltos también *Anabel (25 años)*

---

<sup>1</sup> Otra versión de esta historia fue presentada por la autora, en abril de 2012, en una de las reuniones científicas que se realizan en CPSEA los días jueves.

Dirección electrónica: [andreadibella2004@yahoo.com.ar](mailto:andreadibella2004@yahoo.com.ar)



*Lo que no se puede alcanzar volando*

*Hay que alcanzarlo rengueando.*

.....

*Las Escrituras dicen que no es pecado renguear.*

Rückert<sup>2</sup>

## I. Anabel... y Lucas

Un día se comunica por teléfono un muchacho y me cuenta que su novia, Anabel, de 25 años, quiere empezar terapia y me pide una entrevista para ella.

*—Ella está acá, al lado mío, pero no se anima a hablar, le cuesta arrancar...*

—....

*— Dice que ese turno está bien, que va a ir, muchas gracias.*

De esta manera tan particular tengo el primer contacto con Anabel. A los pocos días la recibo agarrada muy fuerte de la mano de su novio, Lucas, y entran juntos al consultorio.

Ella es una joven muy atractiva, delgada, alta, de mirada triste pero con un brillo muy vital en sus ojos. Él es un joven de 27 años, robusto, de rostro muy tenso, como si tuviera guardados enojos de muchos años. Se sientan los dos muy pegados en el diván; ella se queda en silencio y Lucas dice:

*—Hace dos meses que vivimos juntos. Ella tiene momentos en los que está muy angustiada y necesita vomitar agarrada de mi mano. Yo quiero que resuelva este problema, no sé lo que le*

---

<sup>2</sup> Estos versos del poeta y sabio alemán Rückert fueron citados por Freud (1920), en *Más allá del principio del placer* y por H. Racker (1957), en *Psicoanálisis del Espíritu*.

*pasa, yo quiero ayudarla y ella está de acuerdo en empezar con una psicóloga. Yo no la entiendo, no sé qué hacer.*

Cuando un analista se pone a trabajar con un paciente nuevo, siempre se generan interrogantes. Pero en este caso el interrogante era la posibilidad misma del tratamiento. Si la que venía a tratarse era ella, ¿estaba bien que yo permitiera la presencia de su pareja en algo tan íntimo y personal como una sesión de psicoterapia psicoanalítica?

Frente a algo tan atípico, me pareció conveniente hablar con mis colegas y, juntos, lo pensamos de esta manera: somos un grupo de psicoanalistas que tenemos muy presente que *uno debe recibir al paciente como es, no como debería ser*. Anabel tenía ese límite, esa dificultad... Había que probar. Y fue así como, con el interrogante vigente y sin una respuesta definitiva, echamos a andar...

Transcurrieron dos meses, con algunas variantes. Ellos entraban al consultorio y se sentaban muy juntos. Lucas comenzaba a hablar de las cosas que él sentía que le pasaban a ella. Anabel afirmaba con un gesto, y de a poco fue agregando algunas palabras al relato de Lucas. Un ejemplo:

*Lucas: –Me parece que le hace mal ir todos los fines de semana a la casa de sus padres; yo le digo quedate conmigo, salgamos, hagamos algo, pero ella no me escucha. Todos los sábados a la mañana, se toma el colectivo y se va, y vuelve recién el domingo a la noche.*

*Anabel: –Me pone triste todo lo que pasa en mi familia.*

Cuando Anabel expresaba sus angustias, Lucas permanecía callado sosteniéndola de la mano. Hasta que un día, pasados varios meses, Anabel entró sola al consultorio.

En ese momento hice una primera evaluación y me dije:

como no dramaticé su apego y su dependencia, ella debe de haber sentido que no era tan grave y eso parece haber sido un buen punto de partida.

## 2. En etapas

Anabel proviene de una familia muy humilde del Gran Buenos Aires. Es la hija del medio de tres hermanos, la mayor tiene 26 años y el menor, 17. El padre es 15 años mayor que la madre y tiene un matrimonio anterior con varios hijos que no se relacionan con la familia actual. Se jubiló hace pocos meses de operario de una fábrica y no realiza ninguna actividad. La madre trabaja como empleada de limpieza y arregla ropa en su casa.

Anabel dice llevarse mejor con su papá y con su hermano menor. Todos los fines de semana visita a sus padres y les deja un dinero que junta con gran esfuerzo.

El síntoma por el cual consulta tiene su historia. Empezó a los 12 años: comía compulsivamente y vomitaba a escondidas. En algunos períodos lo hacía más que en otros. Pero desde que convive con Lucas el síntoma aparece de una manera diferente, ya no ocultándose, sino de la mano de Lucas.

### I.

Anabel comienza a hablar de toda esa angustia que tiene guardada desde hace mucho tiempo. Lentamente cambia el vómito por la palabra y se va soltando de la mano de Lucas para animarse a ser ella misma. En sucesivas sesiones me va contando:

*—Siempre fui la fallada de la familia, mi hermana brilla en todo, mi hermano es simpático, lindo, el preferido de mamá.*

*—El sábado, cuando fui a la casa de mis padres y sorprendí a mamá abriendo mi billetera, sacándome plata, tuve ganas de golpearla muy fuerte.*

*—Mi papá es bueno, habla poco, como yo, a veces le pasa que toma mucho vino y se va a dormir; es tranquilo, él me entiende, yo me llevo bien con él.*

*—Yo no pude casi ni empezar el secundario, soy burra, no puedo estudiar, no me quedan las cosas.*

*—Siempre hago desastres, arruino mis propias cosas. Me atrae mi jefe pero amo a Lucas; tengo miedo a descontrolarme y arruinar todo, me mato si lo lastimo a Lucas.*

*—Mis hermanos nunca dieron trabajo, yo un desastre, no estudiaba, porreaba, me acostaba con cualquiera a cambio de que me compraran cosas dulces y luego vomitaba a escondidas.*

Como vemos, Anabel se sentía “la fallada de la familia” y reitera este sentimiento una y otra vez. Tal vez sentía que esa es la única identidad que tenía, “la problemática, la oveja negra”, pero fue descubriendo otra identidad.

Comienza a tomar conciencia de que, si bien es verdad que Lucas la ayuda, también es cierto que ella, a su vez, lo ayuda a él a resolver conflictos que él tiene con su propia familia, en especial con su hermana; y también lo estimula a progresar en su trabajo. Además, puede ver que fue con el impulso suyo que se mudaron a una habitación más cómoda en el hotel, la arreglaron para hacerla más confortable y compraron muebles nuevos. Reconoce también que, en su trabajo, ella defiende que se cumplan los derechos laborales e interviene cuando hay un conflicto con algún compañero.

Es decir, de su relato surge que van apareciendo partes que Anabel no se daba cuenta de que las tenía, partes que no

sentía como propias, y que, paradójicamente, yo las veía como que eran “su sí mismo verdadero”, que ella desconocía y necesitaba desplegar.<sup>3</sup>

Otro cambio que empezó a notarse en ese tiempo fue que cada vez que se angustiaba, en vez de autoagredirse podíamos ir hablando, para descubrir qué sentimiento se estaba guardando y qué podía significar para ella. Fue así que pasó de ser sumisa y callada a expresarse, a denunciar lo que no le gustaba, a enojarse, a gritar, a no tragarse todo.

Transcurrido un año completo, a razón de dos sesiones semanales, empezó a faltar y poco después dejó de venir al tratamiento.

## II.

Sin duda me dio pena que dejara, porque a mi modo de ver había mucho por hacer todavía; por supuesto, me surgió la pregunta de si yo había hecho lo mejor o si podría haber evitado su partida prematura.

Seis meses después, un día Anabel llama y me dice: “Quiero cambiar cosas y no puedo sola, ¿tenés lugar para mí?”.

No era el primer paciente que interrumpía el tratamiento y volvía un tiempo después. De hecho, con ella yo había

---

<sup>3</sup> Jorge García Badaracco, un maestro de la psiquiatría y del psicoanálisis en la Argentina, utilizaba con frecuencia las expresiones *desarrollo de recursos genuinos del yo* y *desarrollo del sí mismo verdadero* para hacer referencia al despliegue y crecimiento de aspectos personales positivos, que pueden quedar ocultos, opacados o sin desplegar a causa de identificaciones e interdependencias capaces de inhibir, perturbar o dañar las capacidades personales.

imaginado su posible retorno. Lo notable fue que la Anabel que volvió era una Anabel diferente a la que se había ido.

El motivo manifiesto de consulta en esta ocasión era que deseaba cambiar de trabajo y retomar el secundario, pero sentía que no podía.

Y ocurrió algo interesante, que yo no había visto hasta entonces, pero evidentemente sucede con bastante frecuencia: los pacientes, en lo manifiesto, vienen por una cosa, pero terminan realizando cambios en otras. Así sucedió en esta etapa de la terapia de Anabel. Las necesidades que la acercaron en esta ocasión no quedaron satisfechas, es decir, no cambió de trabajo ni empezó el secundario. En lugar de eso aparecieron otros deseos, que por lo visto estaban más latentes, pero eran más urgentes o más importantes para ella.

Un cambio significativo fue que dejó de darle dinero todas las semanas a su familia. Por otra parte, pudo abandonar el hotel en el que vivía con Lucas y alquilar una humilde pero muy digna casita. La arreglaron con ayuda de amigos y la dejaron muy agradable.

Estos cambios iban tallando una Anabel diferente. Empezaba a sentirse mejor, más fuerte y contenta con ella misma; no obstante, transcurridos ocho meses de tratamiento, otra vez dejó de venir.

### III.

Un año más tarde, recibo un nuevo llamado de Anabel. La escucho angustiada. Quiere retomar el tratamiento porque está muy asustada debido a que decidieron tener un hijo con Lucas, ya hace meses que no se cuida y sin embargo no queda embarazada.



—La culpa es mía, Lucas no lo sabe, no se lo puedo contar, me odiaría si se enterara. Yo me hice un aborto cuando tenía 17 años y seguro que me dejaron mal.

—Yo me había olvidado de eso, pero desde que quiero quedarme embarazada, se me viene a mi cabeza todo el tiempo, me acuerdo de todos los detalles.

El hecho de retomar por segunda vez merece nuevos comentarios. Es evidente que esta vez volvió porque la angustia era insoportable y no tenía con quién hablar de su doloroso secreto. Que haya venido a hablarlo conmigo me reconfirmó que yo era para ella un interlocutor válido.

Por otra parte, igual que la vez anterior, si bien hubo discontinuidad en la asistencia a las sesiones, a mi entender *hubo continuidad en el proceso*. Anabel daba muestras de que había seguido elaborando lo que habíamos trabajado y, como yo había observado la vez anterior, también esta vez la que volvió era una Anabel diferente. La interrupción no había hecho que se produjera una regresión; por el contrario, había seguido progresando.

Por eso podría decir que *Anabel me enseñó un encuadre y un tiempo diferentes de los que yo conocía para atender a pacientes en terapia psicoanalítica*. Pude ver que Anabel se iba de viaje con boleto de vuelta; imaginé que tal vez sentía que iba demasiado rápido, y con las interrupciones simplemente regulaba su propio ritmo de progreso. También es posible pensar que ella necesitaba separarse de mí para sentir que no se quedaba adherida, que me necesitaba pero que podía vivir sin mí. Y que se podía alejar sin dañarme porque cuando volvía me encontraba ahí, dispuesta a seguir trabajando.

Retomando el relato de esta nueva etapa, los sentimientos de angustia, dolor y culpa que tenía muy adentro se fueron

drenando con el trabajo terapéutico. Lloraba casi todas las sesiones, con mucha intensidad, y eso sucedió durante varios meses. Era como si en cada conversación hubiéramos ido desinfectando las llagas y asistiendo, juntas, al proceso de cicatrización de su herida. Mis palabras y mi actitud deben haber sido para ella como un bálsamo reconstituyente. Después de medio año, quedó embarazada.

Lo que siguió fue bastante particular. Los miedos de Anabel no la dejaban salir de su casa y, si bien el embarazo transcurría sin complicaciones, pasó los primeros siete meses con licencia en su trabajo hasta que entró en licencia por maternidad.

Con respecto al tratamiento, establecimos sesiones telefónicas con días y horas acordadas. Ella cumplía con este contrato terapéutico adecuadamente. Cuando lograba que Lucas la acompañase, pautábamos una sesión a la manera habitual. Naturalmente, en esta etapa, cuando Lucas venía con ella sólo la acompañaba hasta la puerta del consultorio.

*—Quiero tomar un colectivo y no puedo, tengo miedo de que pase algo muy feo y perder a mi bebé. Me siento bien en casa, salgo por el barrio a hacer alguna compra y nada más, es loco lo que me pasa. Me gustaría venir a sesión y también ir a trabajar, pero no puedo, tengo un miedo que me paraliza y no me deja hacer nada.*

Cada paso que daba Anabel era un nuevo miedo que surgía: con el embarazo, llegó el temor de no saber cuidar a su bebé ni aun cuando estaba en su vientre. Seguramente se trataba de la vivencia de no merecer ser madre y, en consecuencia, el temor a que todo fuera una ilusión y en cualquier momento le quitasen el hijo por venir. Pero con miedo y todo, con angustia y todo, Anabel no se detuvo y a los siete meses de gestación comenzó a viajar sola en colectivo para venir a

su sesión y concurrió hasta un día antes del parto.

Un sábado de invierno, a la tarde, nació Bianca, sanita y preciosa. Al día siguiente la fui a ver. (Una clínica muy renombrada de la Capital, en habitación individual, muy comfortable, con comodidades para el papá). Lucas se había internado con ella. Estaban los tres juntos, muy felices.

Fue un momento muy conmovedor para todos... y también para mí: Anabel se asombraba de haber tenido una hija sana. Yo me asombraba de los progresos de Anabel. De cómo había logrado dejar atrás los sentimientos de culpa que no le permitían *animarse a ser ella misma*, diferenciándose de los aspectos no saludables de su familia de origen.

Pero no habíamos llegado a la meta. El crecimiento no terminaba ahí. Los primeros días después del parto fueron muy difíciles para la mamá, porque Bianca permaneció cuatro días más internada por ictericia cuando ella ya tenía el alta. Después, ya en casa, no fue fácil para Anabel vivenciar como normales las situaciones habituales por las que transita una beba (llanto prolongado, cólicos, tomar poco pecho y quedarse dormida). Para ella eran motivo de angustias catastróficas y sentía que su nena podía tener una complicación grave.

En ese momento volvimos a las sesiones telefónicas, y si bien establecimos días y horas fijos, el acuerdo fue que, además, me llamara cada vez que lo necesitara. Cuando finalizó la licencia por maternidad renunció al trabajo, porque sentía que le era imposible separarse de Bianca. También le era imposible viajar con ella; esto se hizo bien notorio cuando Bianca tenía cuatro meses y comencé a indicarle que viniera a sesión con su beba: Anabel no se animaba a tomar un colectivo con su hija en brazos y solo pudo venir algunas veces cuando Lucas la pudo acompañar. Las otras sesiones seguían siendo telefónicas.

Sus temores no terminaban en el miedo a viajar: también sentía miedo de quedarse sola en su casa con su hijita. Por eso, durante muchos meses, cuando Lucas se iba a trabajar, él la acompañaba hasta la casa de sus padres, que vivían a pocas cuadras, y cuando volvía la pasaba a buscar y regresaban los tres juntos. A veces eran los familiares de Lucas quienes iban a la casa de Anabel y se quedaban todo el día con ella. Así fue evitando quedarse sola con Bianca.

Paulatinamente Anabel fue ganando confianza en sí misma como mamá y empezó a quedarse sola con su hija, sintiendo que podía cuidarla bien. Al comienzo, solo durante el día, y cuando Lucas trabajaba en el turno noche, se instalaba nuevamente en la casa de los padres de él.

Cuando la bebé ya tenía ocho meses, dejó de tener sesiones telefónicas y, de nuevo, perdí contacto con ella.

#### IV.

Esta vez la interrupción fue más breve. Me llamó unos días antes de que Bianca cumpliera un año y me pidió venir a sesión con su hija. La beba era vivaz y alegre; caminaba agarrada del diván y de otros muebles del consultorio.

*Anabel: –Es muy inquieta, no para, tengo miedo de que se lastime, me cuesta despegarme de ella, solo la dejo para bañarme cuando llega el papá.*

*Terapeuta: –Bianca no tiene miedo a lastimarse porque se siente muy segura de sí misma; mirá cómo se cuida, cómo camina agarradita, qué atenta que está a todo. (La beba tironea de sus brazos y logra bajarse). Parece que Bianca se quiere despegar de vos.*

Luego de observar que Bianca busca un paquete de galle-

titas de la cartera de Anabel, saca una y se la lleva a la boca, le digo:

*—Parece que Bianca sabe lo que quiere y se sabe cuidar más de lo que vos sentís, por lo chiquita que es. No te necesita tan pegada a vos. Tal vez la próxima sesión la puedas dejar con el papá y así venís sola.*

*—Uy, sí, es reviva, me sorprende. Creo que me haría bien estar un rato acá sin ella, por momentos me siento ahogada.*

Al poco tiempo viene sola a sesión y dice:

*—Qué rara sensación estar sin Bianca, es la primera vez que la dejo tantas horas; bueno, es la primera vez que la dejo, hasta ahora no nos habíamos separado nunca. La extraño, está con Lucas. Él la va a cuidar bien, la requiere.*

*—Me gustaría hacer otras cosas, como buscar trabajo cerca de casa, pero no sé con quién dejar a la nena; en mi mamá no confío y mi papá está con problemas de salud. No sé, va a ser muy difícil.*

*Terapeuta: —Vos sentís que es muy difícil porque te cuesta mucho separarte de ella, te cuesta mucho estar sola, te cuesta mucho encontrarte con vos misma. Tal vez ante el mínimo inconveniente, vas a sentir que fallaste, como tantas veces te pasó con otras cosas en tu vida.*

*Anabel: —Sí, esa sensación de ser la peor la tuve desde chiquita, la peor de los tres hermanos, la que siempre hace todo mal, me mandé muchos desastres. Yo fui la única que no terminó el secundario. También siento que mi mamá no me la quiere cuidar a Bianca porque prefiere cuidar a Tomás, el hijo de mi hermana; a mí nunca me elige.*

*Terapeuta: —Bueno, pero vos sí podés elegir, podemos pensar juntas en otra opción, como un jardincito maternal, una niñera*

*de confianza que te la cuide en tu casa. Vamos de a poco. Ya elegiste muchas cosas, elegiste trabajar en Capital, elegiste a Lucas, salir de la piccita de la pensión, elegiste tener una hija. Sos muy distinta a tu mamá, aunque tenés mucho miedo de parecerle a ella.*

*Anabel: –Me estoy acordando de que mi mamá nunca festejó el Día de la Madre conmigo de chica, yo sí ya festejé mi primer Día de la Madre con mi hija y Lucas, los tres juntos y estoy muy contenta. Mi mamá se iba a la casa de mi abuela y nos dejaba solos.*

La siguiente sesión.

*–Hace pocos días logré que Bianca durmiera al lado mío en su cama. Bueno, es un pequeño pasito...*

Para esa época, la nena dormía en sus brazos y, con más de un año, todavía tomaba pecho a libre demanda. Ese día hablamos de la importancia que tenía para Anabel el hecho de salir a trabajar, ya que siempre había trabajado y disfrutado de tener una actividad, y de cómo de a poquito podría dejar de amamantar.

Sesión siguiente:

Me llama por teléfono y me avisa que no vendrá porque Bianca está con enterocolitis.

*–No la puedo dejar ni un minuto, con ella así no puedo ni subir al colectivo. Para la diarrea fuerte que tiene solo le hace bien la teta.*

Intervengo diciendo que seguramente ella tiene mucho miedo de separarse de su beba. Le digo lo que pienso, le digo que a mi juicio Bianca ya está preparada para estar sin su mamá al lado todo el tiempo, pero que tal vez ella, Anabel, todavía no puede separarse de su hija.

En ese momento deja de venir a terapia... y hasta hoy no ha retomado.

### **3. Saltos...**

El tratamiento de Anabel fue atípico y, por eso mismo, como fuimos viendo, me generó preguntas que yo no me había hecho antes; por ejemplo, qué hacer frente al hecho de que viniera acompañada a sus primeras sesiones, o que después viniera con su hijita pegada a ella.

El segundo interrogante, acerca la discontinuidad de su asistencia al espacio terapéutico, merece un nuevo comentario. Comencemos por la descripción. En todas las interrupciones se manejaba de un modo semejante; comenzaba a faltar a las sesiones y me avisaba que no podía venir por diversos motivos. Luego se disculpaba por faltar tanto, me explicaba que quería venir pero no podía, hasta que perdía contacto con ella.

Por mi parte, mi actitud explícita o implícita significaba más o menos lo siguiente: “Bueno, quedate tranquila que cuando puedas vas a venir...”.

Lo que quiero señalar ahora es que estoy convencida de que los cortes que hacía de su tratamiento no eran para nada arbitrarios sino plenos de sentido.

Me parece posible describir su proceso de esta manera. Trabajábamos un tiempo hasta que ella sentía que había elaborado lo suficiente sus sentimientos como para producir cambios, y cuando sentía que los había afianzado un poquito, se tomaba un tiempo. Y entre las dos comenzamos a llamar “saltos” a esos cambios.

Lo interesante es que esos cambios no los promovía yo;

surgían en primer lugar de ella misma como necesidad imperiosa. Muchas veces se me venía a la cabeza la imagen de una montaña que se iba derrumbando, y una niñita desamparada allí, sufriendo en medio del caos, que *para salvarse y no caerse al vacío tenía que saltar a la montaña contigua* y que de a poco iba buscando tierra firme donde establecerse.

Anabel tenía que saltar para soltarse, desprenderse de antiguas formas de ser limitantes que la sujetaban, deteniéndola en un lugar que le provocaba mucho sufrimiento. Eran saltos que necesitaba hacer para separarse de uniones viscosas y enfermantes que no la dejaban ser. Saltos que creaban nuevos modos de relacionarse, nuevas interdependencias, más sanas y enriquecedoras que le permitían ser ella misma, crecer y enriquecerse.<sup>4</sup>

#### 4. Ahora... Bianca

Un año después, por la época en que estaba escribiendo la historia de Anabel, sorpresivamente recibí un llamado en mi celular y cuando atiendo escucho una vocecita encantadora: es Bianca.

Ante el primer «hola», su mamá le arrebató el teléfono y me dice: «Hola, Andrea, perdón, es Bianca que juega con mi celu, está tremenda. Yo estoy bien,... Bueno, hasta pronto».

Estos llamados se repitieron cuatro veces, de forma similar, en el transcurso de los seis meses posteriores.

---

<sup>4</sup> No caben dudas de que el ser humano vive en un mundo de interdependencias recíprocas. Jorge García Badaracco se ocupó mucho del tema y diferenció claramente las interdependencias enfermantes de las que generan vínculos sanos y le permiten a la persona ser autónoma y desplegar la mayor parte de sus capacidades.



¿Será la manera que encuentra Bianca de pedir: «Ayúdame a separarme de mi mamá»? ¿Será un acercamiento de Anabel en una nueva etapa para poder despegarse de su hija? ¿Será un pedido de ambas de iniciar terapia vincular para poder crecer juntas, Bianca como niña que comienza el jardín de infantes y Anabel como mamá que acompaña amorosamente el crecimiento de su hija junto a Lucas?

No lo sé. Pero sin duda me cabe el derecho de sospechar que estos llamados no son casuales en la historia de Anabel y de su hija. Pienso que, por el contrario, deben de estar plenos de sentido, como los saltos a través de los cuales pude acompañar a Anabel a lo largo de un tramo de su vida.